



Lo que recoge UCD del franquismo, y lo recoge mejor que las derechas más explícitas, es la reserva frente al "marxismo": Adolfo Suárez lo utilizó muy oportunamente —para él— en su última intervención en TVE. En la foto, el presidente del Gobierno, con la ejecutiva de UCD, tras las elecciones.

PODRÍA un Gobierno de la izquierda socialista, o una coalición UCD-PSOE, o, más allá aún, un Gobierno de concentración con algún ministro comunista evitar esos riesgos? Probablemente, no. Probablemente al Partido Socialista, gobernando solo o en coalición, le hubiera pasado la aventura del socialismo francés o del italiano: la pérdida gradual de prestigio. Los partidarios de este tipo de Gobierno —socialista o coaligado— esgrimen una tabla de valores: un Gobierno de ese tipo habría gobernado con más justicia para las clases no privilegiadas, habría conseguido un mejor reparto de la riqueza y de la pobreza; habría logrado un desarrollo de la Constitución más abierto; habría depurado la infraestructura burocrática de poder que Suárez ha mantenido de la época franquista y ha nutrido con sus adeptos.

SIN embargo, parece más realista suponer que la izquierda tiene un papel más claro que cumplir ahora. Un papel crítico, un papel de oposición seria y no maniobrera. Limpia de consensos, de pactos, de acuerdos, de puertas cerradas. Si la derecha está representada por Suárez, la izquierda debe estar claramente representada por sus partidos. Será su fuerza la que contenga los posibles abusos de poder, o que los presente ante la opinión pública, ante sus electores. La contemplación de hasta dónde se ha llevado la trampa de la Moncloa, el espectro del miedo al "golpe", la sospecha de la resurrección del fascismo y su esperanza prematura de gobernar la puede servir de reflexión. A partir, quizá, de una autocrítica que los partidos deben hacer; tal vez de una depuración interior, de una selección de cuadros, de una elaboración de programas.

HEMOS estado dominados hasta ahora por dos situaciones: la histórica, de arrastre del franquismo, capaz de levantar toda clase de espectros y de inferiorizar a los partidos que fueron clandestinos, y la preelectoral, en busca de una moderación que parecía rentable. Los resultados electorales no son tan catastróficos como para desmoralizar a la izquierda: en realidad, escaso más o menos, se mantienen las posiciones del 15 de junio, y las abstenciones demuestran que hay un campo electoral por explotar. La fuerza sindical les apoya si la saben dirigir. Y las elecciones municipales están a la puerta. Los pronósticos son malos: la nueva solidez de UCD va a tener un efecto multiplicador sobre sus votos municipales potenciales. La infraestructura burocrática que se mantiene en funciones va también a ayudarla. Pero puede haber una sorpresa. Si los grandes y pequeños partidos de izquierda ponen rápidamente en marcha la reacción que deben tener después de las elecciones generales, y se muestran en la oposición con más claridad, pueden obtener una votación porcentual bastante más elevada que la del 1 de marzo; sobre todo, porque se esperan muchas menos abstenciones. Si la fuerza sindical está bien canalizada, si la fuerza municipal se manifiesta y si se sabe utilizar la cantidad y la calidad de las minorías en el nuevo Parlamento, el factor de equilibrio conseguirá, por lo menos, una gobernación general de centro que la UCD, por sí misma, ni pretende —más que en la imagen externa— ni puede llevar a cabo. ■

Del país político al país real

PROBABLEMENTE las nuevas Cortes, el nuevo —viejo— Gobierno significa una etapa diferente en la vida del país. La transición ha terminado. Es decir, aquello que todavía está transitando se va a quedar congelado, y se va a gobernar con arreglo a lo que está hecho. No parece que UCD tenga otra intención, más que la de profundizar sobre su propia esencia. Esta democracia es ya así. Es insuficiente. Pero se la ha creado con esas insuficiencias.

Empieza una etapa para un Gobierno que ahora está asentado con bastante seguridad en el país político, aunque le separan muchas diferencias del país real. Esas diferencias y ese país real son, ahora, el campo de la izquierda. Si sabe moverse en él, si sabe conectar con él, saldrá adelante y cumplirá su misión histórica. La izquierda es un realismo, un examen continuo de la realidad, o no es nada.

El país real, más que el país político, ha sido siempre el campo de pensamiento de TRIUNFO. No se ha sumado a ningún partido: es su independencia. Ha podido sufrir en algunos momentos el despegue o la hostilidad de algunos. Se ha podido ver como UCD, por ejemplo, discriminaba a TRIUNFO en su propaganda electoral, que entregaba prácticamente a todas las publicaciones de opinión, aunque esa opinión fuese adversa a la suya. TRIUNFO, sin embargo, ha abierto sus páginas a todos, sin discriminación para ninguno. Es un sentido de la democracia. Si UCD ha entregado su propaganda a publicaciones influidas directamente o indirectamente por otros partidos políticos, será probablemente porque ha creído que estaban comprometidas en el juego; si no la ha entregado a TRIUNFO, será porque haya pensado que TRIUNFO está fuera de él. Habrá acertado. El juego de TRIUNFO es otro, y se refiere más al sentido de la vida de la izquierda, a los principios generales, a un análisis crítico de todos, que a la defensa a ultranza de actitudes o de consignas. TRIUNFO no está bajo la idea de un "jefe político". Tiene una visión más amplia del contexto nacional y de las opciones de la izquierda.

No solamente constatamos ahora que comienza una nueva etapa en la vida española, sino que lo deseamos. Deseamos que UCD se limite, como está haciendo hasta ahora, a trabajar sobre el país político: siempre que la izquierda se decida a trabajar sobre el país real. Es decir, sobre un país que piensa, que vive inserto en una realidad sociológica, que tiene unos problemas concretos y determinados.

Es el país de nuestros lectores. Puede ser lo contrario de lo que se dio a entender con la famosa frase de "mayoría silenciosa": es una mayoría activa, una mayoría que tiene que respaldar el cambio hacia adelante de la nación. Más de una vez se ha dicho en estas páginas que no hay que culpar a los partidos, sino trabajar para que sean como se los desea; y que la democracia no da nada, sino que somos nosotros mismos. Una autocracia está fuera del ciudadano; una democracia es la acción y el pensamiento de cada uno.

Quizá en esta nueva etapa el desencanto se convierta en acción y en participación. El mal resultado de la izquierda en las elecciones puede hacer reflexionar a todos, sobre la responsabilidad de cada uno y la necesidad que todos tenemos de todos.

Es en ese país real donde se nos encontrará. Como siempre. Puede tener ahora más sentido que nunca. ■